

Heridas evidentes

Jon Kortázar

Pablo González de Langarica (Bilbao, 1947) dirige la revista poética *Zurgai* que se edita en la capital vizcaína desde sus primeros números y dinamiza de manera efectiva la creación poética en Bilbao, donde no resulta fácil la creación literaria y su publicación. Pero el empeño de este autor ha llevado a que *Zurgai* no sólo haya dignificado la publicación y el estudio de la poesía contemporánea, sino que sea un referente importantísimo en el sistema literario.

Además de dirigir la revista el autor ha publicado una larga lista de títulos poéticos. Su obra puede dividirse en cuatro ciclos. En los últimos setenta, González de Langarica se adscribe al realismo social. De hecho, *Zurgai* nació del colectivo *Poetas por su pueblo*, título de diáfanas intenciones. En los años 80, gana una vez con la obra *Del corazón y otras ruinas* y es nominado dos veces (con las obras *Los ojos de la iguana y otros poemas* y *Cálices de Octubre*) el premio Alonso de Ercilla, un antecedente de los actuales Premios Euskadi, una de las nominaciones institucionales más importantes en el País Vasco. En los años 90 recibe con asiduidad el Premio «Imáinate Euskadi» instituido por el antiguo Banco Central Hispano. Las obras premiadas son: *La rueda oscura*. (1992), *Endecha de la huella oscura*. (1994), *27 sonetos de amor y una canción enajenada* (1996). La poesía social hace tiempo que ha quedado en el olvido y el autor construye una poesía imaginativa de sentido neosurrealista. Los años del nuevo siglo ven al poeta en un diálogo con el arte y los artistas de cuya colaboración nacen las obras siguientes, de claro sentido culturalista: *...aunque al fondo esté la música*, en colaboración con el pintor José Javier

Pablo González de Langarica: *El grito de las aves*, Zurgai, Bilbao, 2011.

Lacalle (2003), y *La llama amarga* en diálogo con Fernando Eguidazu (2004).

Tras este largo recorrido como creador Pablo González de Langarica publica en 2010 su obra *El grito de las aves*, una obra que depura su última voluntad estética, en la que confluyen las relaciones llevadas a cabo en su historia creativa.

El grito de las aves es una colección compuesta por 53 poemas sin separación de tramos o secciones y es un libro cuidadosamente editado. Sin embargo las fotografías de Mikel Alonso, otro diálogo del poeta con las artes, construyen una división tanto temática como estructural del sentido del libro.

Son ocho fotografías, contando la instantánea que sirve de portada. Así las siete que se intercalan en los poemas contribuyen a dividir el texto en ocho secciones. Las fotos de Mikel Alonso se convierten de manera intencionada en un elemento que da significado al texto. De hecho no es casual que la foto que se inserta tras la primera sección y la última, que da entrada a la última, ocupen sólo una página, mientras que las cinco restantes se imprimen en dos páginas. Tampoco puede pensarse en la casualidad en el proceso por el que las fotos estructuran el libro en ocho secciones, y que seis de las cuales, las centrales, tengan el mismo número de poemas: seis.

Las ocho secciones relatan una historia que se divide en los siguientes tramos. Una sección de 10 poemas, seis de 6 textos, y una última de 7 textos líricos. Una división así solo puede tener lugar desde el control temático del texto poético.

En efecto, los 53 poemas del libro, que en el índice se agrupan en una sola serie, se dividen estructuralmente por medio de las fotografías, pero en mi opinión, esa división adquiere su sentido en la división temática. Cada una de las secciones atiende a un tono poético, a un tema elegido, y entre las ocho secciones componen una serie de variaciones temáticas (y musicales; no cabe olvidar aquí la obra en colaboración con Lacalle: *...aunque al fondo esté la música*). La unidad de los 53 poemas que se ofrecen al lector como un gran friso de creación de gran aliento, se ve fragmentada y matizada en esas ocho secciones que dirigen el sentido del libro.

El texto que abre el libro, y se afirma que los primeros poemas de los libros presentan la poética del autor, dice así:

«Esta historia
La saben la luz y las gaviotas.

En el amanecer sus gritos se suceden
Los gritos de la luz son más profundos que el silencio
y acostumbran a perderse entre la niebla.

Pero son los de las aves
los que intuyen
las densidades de la sombra que se acerca».

En ese poema tenemos ya las coordenadas de sentido en el que se va a mover el libro. Una historia que se va a contar y que en el fondo resulta ser una bajada a la desesperanza; la luz y la sombra como elementos primordiales y simbólicos del libro entero, en una lucha titánica y angelical que ganará la sombra, y el grito de las gaviotas, convertidas en sinécdoque de las aves, alertando inútilmente del destino ciego al que se ve abocado el yo poético. Por tanto, una historia que se cuenta, en la base la batalla entre la luz y la sombra en la que se ve envuelto el yo del escritor, y un grito, que simboliza su actitud dentro de esa historia en la que se ve inmerso.

Si consideramos las fotografías de Mikel Alonso como el principal paratexto del libro, aspecto en el que no viene ayuno con un prólogo esclarecedor, de José Fernández de la Sota y un epílogo de José Ramón Zabala Aguirre, podemos observar que las fotos representan imágenes nebulosas de construcciones sobre el agua de la ría de Bilbao. Son imágenes de reflejos sobre el agua. Imágenes de reflejos: doble huida de la realidad. Pero en esas fotos existen dos elementos retratos de forma perceptible, que no son reflejos, sino elementos representados en primera instancia. En la fotografía de portada, probablemente una construcción de dos fotos, en el margen inferior se ven varias gaviotas: en la arena o en vuelo. En la primera de las fotos (página 17) un asidero aparece en primer plano. Así, podemos leer que el grito de las aves representa el asidero del poeta ante la destrucción de la vida, ante la llegada de la oscuridad, el grito que nos ayuda en esa historia que vuelve lo real en imagen de un reflejo, en una absoluta decadencia desde lo real hacia la nada.

La historia que el libro cuenta puede resumirse en un viaje hacia la desolación. Tras marcar el mapa en el que se dilucidará el sentido que se transmite: historia de una batalla entre la luz y la oscuridad, que esta ganará, anunciada angustiosamente por el grito de las aves, el poemario sigue la derrota de una continuación hacia la definición del yo poético, en la segunda sección, que muestra a un poeta desafortunado y que practica un ejercicio sin red en la búsqueda de un sentido en la ausencia; una cata en el erotismo define la tercera sección del texto, con una vaga alusión a la música, como consuelo básicos en el momento de la angustia vital; en las secciones cuarta, quinta, sexta y séptima, el poeta desarrolla una lectura simbólico de los elementos naturales como el aire y el frío en la cuarta; la noche y la sinrazón en la quinta; el mar y los árboles en la sexta, y la lluvia y la luz en la séptima, creando un viaje a través de los símbolos básicos que recrea el poemario. La última sección del libro vuelve a una reflexión sobre la palabra poética, a una referencia al amor y al erotismo, para confirmar la pérdida de la esperanza: «la luz/ sitúa simas escabrosas en tu alma,/ deja entrever,/ en el cuaderno de bitácora,/ los signos que señalan el regreso/ a una posible, perdida eternidad» (p. 69).

Hay palabras y restos de reflejos en sus textos que dejan en claro la poética de Pablo González de Langarica. Versos como «No hay ebriedad en lo que tú dispones» o «La desaparición en el frío» remiten a las estéticas de Claudio Rodríguez y Antonio Gamoneda como sustento de la creación poética del bilbaíno.

Su poesía puede considerarse dentro de un triángulo cuyas líneas se encuentran entre la poesía de largo recorrido, la poesía surrealista y la metafísica. Con la primera de las características queremos referirnos a esa concepción de poema total, dividido en pequeños fragmentos, pero que, tal como se anuncia en el índice, se lee como un todo.

El surrealismo, o neosurrealismo de la expresión poética puede verse en la concepción de las imágenes, en un cierto tono de componente irracionalista y en la creación de símbolos unidos a la naturaleza y a un cierto telurismo.

La vertiente metafísica de esta poesía puede comprobarse en la reflexión sobre la historia que cuenta el texto: el pensamiento sobre una conciencia que se abocada a aceptar que la sombra

ganará a la luz, y que el tono desesperanzado de su experiencia. Es menor en cambio, aunque está presente la reflexión metapoética, la mirada sobre el poema y la mirada poética.

La expresión de la esencia de una sensación sobre el abandono y la pérdida configura el eje básico del texto. Como comenta José Fernández de la Sota en el prólogo al libro: «Pablo González de Langarica nos ofrece el balance de su vida, sus escasas ganancias y sus inevitables defecciones» (p.5) ©